La emergencia de la Diversidad: las comunidades marginales y sus batallas por la visibilidad

Carlos Monsiváis

A Gabriela Cano

I

“Si le digo ‘diverso’ pierdo el placer de decirle ‘puto’ ”

En su definición contemporánea el término *diversidad* tiene apenas dos décadas de circulación intensa en América Latina; es, en el consenso del sector de activistas, la izquierda cultural y una parte de la clase política, el ámbito de las alternativas legítimas (y legales) de índole muy variada: religiosas, culturales, sexuales, de las culturas indígenas; es la síntesis de conceptos clave en las batallas culturales recientes: *pluralidad, tolerancia, espacios alternativos, derechos de las minorías, coexistencia de las identidades*; es la certeza de la existencia indetenible de otra sociedad, más incluyente y democrática en la vida cotidiana.

El término, tomado de los debates en Norteamérica, se afianza por un número amplio de razones. Entre ellas:

—el peso histórico de los prejuicios y los juicios sumarios en torno a las minorías exige un vocabulario que se deshaga de las cargas semánticas negativas.

—la fuerza de la globalización, en su dimensión democrática, crea sobre la marcha la mentalidad que trasciende “el amplio criterio” y su aura de superioridad moral disimulada, para dar paso a la revisión crítica de la idea de lo marginal.

—la *diversidad* es, en más de un sentido, lo opuesto a los criterios de la exclusión, centro de la vida social y política hasta fechas muy recientes de manera absoluta.

—las opciones de marginalidad, antes impensables, se deshacen del relativismo moral, y se fundan en el rechazo crítico del Pensamiento y la Práctica Únicos con su catálogo de imposiciones: una sola religión, un solo idioma (las lenguas indígenas no se consideran), una sola manera de ejercer la masculinidad y la feminidad, una sola versión de la nación, la familia, la sociedad formalmente constituida.

—la desaparición de los contextos tradicionales clarifica la ridiculidad y el anacronismo de los conceptos rectores del clasismo, el racismo y el sexismo, los alojados, por ejemplo, en las expresiones *Buena Cuna, Buena Sociedad, Moral y Buenas Costumbres, Macho hasta las Cachas, Mujercita-como-se-debe*.

En América Latina la diversidad, término que es ya un muy vasto espacio social, convoca muchísimas causas antes incompatibles. Si *lo Gay* se describe en lo básico como la emergencia de la minoría más relegada, y si *lo Queer* es un término aún desconocido, la Diversidad permite movilizaciones más vigorosas y persuasivas, lo que también sucede con las minorías indígenas, las religiones no católicas, y las tesis y luchas legales y sociales del feminismo. Y la Diversidad llega en un momento adecuado, cuando ha quedado clara la distancia entre minorías muy reducidas, interesadas en la historia, la teoría y la identidad de su causa, y el sector al que corresponden, que no procede con impulso comunitario, sólo se reconoce en los rituales de cada año y en los círculos sociales (los gays, además, suelen ver en su comportamiento social toda la teoría y la tradición requeridas); o se concentra en la sobrevivencia como criterio determinante (caso de los indígenas); o ve en la práctica tranquila de su fe el cumplimiento de todas sus demandas (caso de las confesiones no católicas).

¿Por qué la historia y para qué las teorías? Gays y lesbianas disponen de clubes, grupos sociales, iglesias metropolitanas e interdenominacionales, ligas deportivas, sectores muy definidos, lugares de encuentro, información creciente sobre el desarrollo de sus semejantes en el mundo, fiestas regulares, bares y discotecas, marchas, grupos en los centros de educación superior, opciones de cine y teatro, grupos de danza. En América Latina lo que no figura por lo común en su repertorio son los estudios históricos y los debates críticos. Se siguen con interés las películas, las series de televisión, las obras de teatro, algunas novelas y los fenómenos más llamativos (la controversia sobre los matrimonios en San Francisco, por ejemplo), pero falta la atención sobre ensayos y textos de historia, antropología y sociología.

En Estados Unidos y en Europa la historia de gays y lesbianas y los Estudios Queer crecen al amparo de las conquistas legales, políticas, sociales y culturales de las minorías; en América Latina, con la posible excepción de Brasil, los adelantos jurídicos incipientes y el desenvolvimiento muy irregular de la comunidad LGBT concentran el esfuerzo y el entusiasmo en la visibilidad creciente, que aminora las presiones sociales pero no integra debidamente a las comunidades, como se ha visto en el abandono o el impulso decaído de la lucha contra el sida, la pandemia que arrasa la vida gay. Por eso, por el desinterés en lo tocante a la identidad, ha resultado tan eficaz el término de *Diversidad* en la creación y el afianzamiento de espacios.

Sin embargo, es notable el interés de una generación de activistas y académicos jóvenes especialmente empeñados en localizar la otra historia y las otras formaciones culturales en lo tocante a la historia de la sexualidad, la historia de los movimientoslésbicos y gays, la literatura, las artes plásticas. Entre los temas estudiados observo los siguientes:

—las costumbres de los indígenas anteriores a la Conquista (el harem masculino del Cacique de Cempoala es un caso arquetípico);

—la implantación de los criterios de la Contrarreforma, los procesos contra los *sométicos* (los aberrantes) en la Santa Inquisición, las hogueras a disposición de los culpables del “pecado nefando”;

—el silencio impuesto en el siglo XIX sobre la sexualidad distinta, que sólo se quebranta con los escándalos finiseculares, en especial el Baile de los 41 en México;

—el examen del salto de la condición de *pecador* a la de *enfermo*. (En estos estudios es definitiva la influencia de Michel Foucault);

—el análisis del prejuicio como el eje de la moral familiar (es una tragedia el hijo homosexual, es inconcebible la hija lesbiana);

—el recuento de los castigos a los disidentes morales, que van de la expulsión del hogar paterno a la cárcel sin motivo judicial, de los golpes a los asesinatos, del linchamiento moral al linchamiento físico;

—el estudio del silenciamiento crítico de los tratamientos artísticos de la homosexualidad, y la revaloración de los artistas y escritores gays y lesbianas.

Un tema muy estudiado internacionalmente, que ya dispone de enfoques clásicos como el de John Boswell (*Christianity, Social Tolerance and Homosexuality*, University of Chicago Press, 1981), y el de James A. Brundage (*Law, Sex and Christian Society in Medieval Europe*, University

of Chicago Press, 1987), es el de los efectos opresivos y destructores de la cultura judeo-cristiana y su teología exterminadora. Desde el siglo xvi la iglesia católica ha perseguido en el mundo de habla hispana a quienes *no* multiplican la especie y se asemejan a las mujeres. La sexofobia clerical ha sido implacable, al darle a las leyes de tribus urgidas de crecimiento demográfico el carácter de disposiciones divinas. El Concilio de Trento y la Contrarreforma renuevan y sistematizan las fulminaciones del Antiguo Testamento y del apóstol Pablo, y esto garantiza el mayor control social al juzgarse “indecible” un comportamiento. Se elogia la castidad, se condena el adulterio (así sea con la mirada), se admite sólo el sexo en el matrimonio y eso con fines reproductivos, se detesta a los sodomitas:

—¿No sabéis que los injustos no poseerán el reino de Dios? No erréis, que ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones.

—Ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los robadores, heredarán el reino de Dios. *Primera epístola de Pablo a los Cristianos*, cap. 6, versículos 9-10.

La ley, dice Pablo en su primera *Epístola a Timoteo*, no es puesta para el justo sino para los injustos, los impíos y pecadores, los parricidas y matricidas, para los homicidas y para los sodomitas. Y el Antiguo Testamento es tajante: “Y cualquiera que tuviese ayuntamiento con varón como con mujer, abominación hiciera: entrambos han de ser muertos; sobre ellos será su sangre” (*Levítico 20*, versículo 13). Ya implantada la iglesia católica, las *Penitenciales* (las ordenanzas de la policía de la conciencia) imponen humillaciones que son más graves tratándose del género masculino (un año por actos entre hombres, sólo dos meses en el caso de mujeres). En el siglo xiii las *Siete Partidas* dictaminan la muerte a los homosexuales, y en el siglo xiv la Escuela de Orleáns invoca para los homosexuales la castración y, si reinciden, la muerte por desmembramiento, y a las mujeres el desmembramiento o la hoguera. Las *Penitenciales* —indica Guillermo Floris Margadant en *La sexofobia del clero* (Ed. Miguel Ángel Porrúa, 1999) establecen una tarifa de penas de acuerdo con la edad, la función social y la frecuencia, y según la técnica: anal, femoral u oral (esta última recibe sanciones más severas).

En América Latina es indispensable el análisis de las resonancias interminables de la sexofobia del clero, con su nulificación de las mujeres, su mitomanía a propósito del celibato, su distribución profusa de

sentimientos de culpa. Sin eso, no se verifica debidamente el sentido de la homofobia, en gran medida un invento, una exhortación, una campaña depredadora de la cultura judeo-cristiana.

//

De los métodos de condenación de lo diverso

En los Estudios Queer y en los debates sobre diversidad ocupa un lugar especial el examen sociológico y psicológico o psicoanalítico de las expresiones del “deber ser masculino”, la primera de cuyas reglas es evitar o suprimir lo asociado o asociable con el comportamiento femenino. La cerrazón absoluta de los manuales de psicología del siglo XIX obstaculiza las primeras divulgaciones de la teoría freudiana, que proponen otro trato para los evadidos de la norma. Anatema sea lo que se asocie voluntaria o involuntariamente con el comportamiento de las mujeres (la visión de las vencidas).

Es imprescindible seguir las persistencias del prejuicio porque eso lleva a conocer de modo detallado la mentalidad social. Si el proceso de Óscar Wilde obliga a reconocer —con escándalo y temblorina moral— la existencia de los homosexuales, la técnica para entender lo que viene a continuación (libros, movimientos, teorías, personajes límite) es el regaño. Así, en 1933, se publica con el retraso indispensable *Corydon* (*La novela del amor que no se atreve a decir su nombre*), de André Gide. Para engañar a la censura se requiere de prestigios que avalen la decisión de imprimir el “desdichado alegato”. El traductor es Julio Gómez de la Serna, el mismo que al verter al español a Óscar Wilde, exclama en el prólogo: “¿Pero qué puede esperarse de alguien a quien la inspiración le llega por detrás?”, y el prologuista es el doctor Gregorio Marañón, en ese momento el científico por excelencia en el mundo de habla hispana. Marañón es elocuente:

...Pero el error de Corydon no consiste en que su teoría sea falsa, sino en la imposibilidad de que sea verdadera. Corydon es un homosexual y habla de los instintos no equivocadamente, sino con un error de perspectiva del que no se da cuenta porque, al igual que ciertos enfermos de los ojos, lo anormal es normal para él. Y así, aun cuando está humillado a fuerza de oírse llamar anormal y monstruoso, cada vez que discurre sobre su instinto se yergue, sin darse cuenta, sobre un plano de fisiología, de una fisiología suya que a los demás nos parece patología o por lo menos cinismo.

El endocrinólogo Marañón es un profeta más que errado. Para deshacerse de los ejemplos perturbadores de la Grecia clásica y del Renacimiento como semilleros de la homosexualidad, emite la profecía un tanto desconsiderada: "Como ahora hay fraticidas sueltos, pero ya no pueden ser reyes o papas los fraticidas, así también hay casos, muchos casos, en que el instinto sexual está pervertido; pero no volverá nunca a tener este fenómeno una beligerancia social".

En los estudios de la diversidad es central el examen de la canonización de lo normal. Sin eso, el paisaje se afantasma, porque se toman al pie de la letra las declaraciones de los propios homosexuales, muy presionados a pesar suyo por la ideología patriarcal. Cito un ejemplo de las memorias (inéditas) del poeta Elías Nandino (1903-1984) que acepta y modifica parcialmente los prejuicios de su tiempo, en especial la diferencia entre los hombres y los homosexuales. Escribe Nandino:

Para ser homosexual se necesita ser más hombre que los hombres, y saber escoger los momentos para atacar. No pidas. Agarra. Si a un hombre le pides las nalgas, se enoja. Si las tomas por asalto ni cuenta se da de cómo te las dio. Domínalos con tus palabras. No discutas, dales la razón y róbales el corazón. También el corazón lo dan. Yo he visto amantes que lloran porque me van a dejar, porque como son hombres, se tienen que casar. Y los dos lloramos. Y ese hombre nunca te olvidará.

El mayor problema de los estudios de la Diversidad es establecer los grados de influencia del prejuicio: el indio es tonto y flojo y se discrimina solo/ las mujeres son inferiores por naturaleza/ los protestantes no son mexicanos porque no creen en la Virgen de Guadalupe/ los gays y las lesbianas no son seres humanos completos. Sólo el desarrollo civilizatorio en la globalización detiene el avasallamiento del prejuicio según el cual el homosexual (la lesbiana no cuenta) es la no persona, el jamás ciudadano. Incluso héroes genuinos de América Latina como Salvador Allende son al respecto intolerantes "Me pueden acusar de todo, menos de maricón", dice Allende en su última campaña presidencial, y el régimen de Fidel Castro califica a los homosexuales de traidores en potencia y/o en acto, y con tal de enmendarlos se crea la Unidad Militar de Ayuda a la Producción (UMAP), en rigor campos de trabajo forzado para gays, Testigos de Jehová y "antisociales". Luego, con el *double-speak* típico de las dictaduras, se declara a la homofobia castrista y la UMAP un "error pasajero".

A la luz de los significados de la diversidad se ha ido analizando la operación gigantesca (religiosa, política, social, familiar) que intenta

ocultar o suprimir la persistencia de los actos y los pensamientos “invertidos”. Lo examinado es valioso pero apenas se empieza, y se requiere todavía el panorama que vincule la marginación por “conducta impropia” con el manejo de la “normalidad”. La invención hetero del homosexual sirve a dos propósitos básicos: subraya la inferioridad indeclinable de las mujeres, y —algo igualmente importante— ensalza por contraste el comportamiento *normal*. De allí la significación del prejuicio y sus consecuencias. Sin un examen del control sobre personas y familias que organiza la sexopatía de la iglesia católica, no se capta el fluir de sentimientos de culpa, crímenes de odio, ordenanzas morales y desprecio activo a lo alojado en la zona “contranatura”.

Es evidente: no se atropellan a fondo los derechos de una minoría sin reprimir en una medida equivalente aunque menos impune, los derechos de la mayoría. La homofobia es la gran coartada del machismo y es el núcleo fundamental de las prohibiciones en el orden de la moral. O dicho de otro modo, la mayoría que sostiene agresiva y ancestralmente el odio a lo diferente, convierte el prejuicio en su punto de vista privilegiado para entender la realidad y, en la inmensa mayoría de los casos, para aceptar que a ellos mismos se les discrimine. La homofobia se desprende de la visión dogmática de la complementareidad de los sexos. La relación entre los semejantes resulta el equivalente de una doble traición a la especie.

III

El canon alternativo

En las tres últimas décadas se ha descubierto o redescubierto un paisaje literario desdeñado, examinado sin tomar en cuenta en lo mínimo la vida de los artistas y declarado pintoresquismo ocasional. Esto obliga a la relectura o a la lectura de un buen número de autores, y a la formación de un canon alternativo, con frecuencia dictado por el chovinismo gay pero a fin de cuentas muy útil. Los autores marginales suelen decir siempre otra cosa. Pongo un ejemplo: “Cinematógrafo”, un poema del mexicano Xavier Villaurrutia (1903-1950), de su libro *Reflejos* (1926). Desde la perspectiva actual, lo descrito es inequívoco:

... El corazón, su frío de invierno,
quiere llorar su juventud
a oscuras.

En este túnel de hollín
unta las caras,
y sólo así mi corazón se atreve.
En este túnel sopla,
la música delgada.

Y es tan largo que tardaré en salir
por aquella puerta con luz
donde lloran dos hombres
que quisieran estar a oscuras.
¿Por qué no pagarán la entrada?

El rostro velado por el hollín *y sólo así mi corazón se atreve*. El lenguaje cifrado se prodiga. ¿De qué manera interpretar, un acto en ocasiones inevitable, estas líneas del mexicano Carlos Pellicer (1897-1978)?

Sé del silencio ante la gente oscura,
de callar este amor que es de otro modo.

O este otro poema de Pellicer (en *Recuentos y otros poemas*), el más explícito de su obra, que no ha merecido, sin embargo, las aproximaciones debidas, no obstante su acercamiento al sigilo necesario en el universo represivo:

Que se cierre esa puerta
que no me deja estar a solas con tus besos.
Que se cierre esa puerta
por donde campos, sol y rosas quieren vernos.
Esa puerta por donde
la cal azul de los pilares entra
a mirar como niños maliciosos
la timidez de nuestros corazones
que no se dan porque la puerta, abierta...

Por razones serenas
pasamos largo tiempo a puerta abierta.
Y arriesgado es besarse
y oprimirse las manos, ni siquiera
callar en buena lid...

¿Para una pareja heterosexual sería arriesgado besarse, oprimirse las manos, mirarse demasiado, callar en buena lid? En este orden de

cosas, y no sin excesos y no sin desembocar en ocasiones en lo insostenible, las feministas han releído la tradición literaria y los resultados son valiosos. En el caso de los Estudios Queer, se exploran las dificultades de generaciones pasadas para decir la verdad, con su manejo de lo íntimo y lo público (el clóset es todo menos una idea y una práctica unívocas). Casi todo lo publicado en la etapa anterior a la imposibilidad de disimulo, se lee desde la voluntad de no enterarse, de no admitir la existencia de lo diverso. Hasta fechas muy cercanas, en literatura o en cine, el amor de un hombre hacia otro o de una mujer hacia otra, o se censura o se interpreta como algo francamente pueril o perverso o, en el mejor de los casos, excéntrico, algo parecido a los antiguos extravíos en la Biblia: “Y el alma de Jonathán fue ligada con la de David, y amólo Jonathán como a su alma” (*Libro de Samuel*, cap. 18, versículo 1).

Recuperar la tradición de lo diverso demanda leer el texto sin estrategias de “redención heterosexual” o de sobrecarga gay. Entre otros, dos casos me llaman poderosamente la atención, por su calidad literaria y por su recepción inicial, dictada por el método de no hacer caso de lo escrito, *Hombres sin mujer* (1983) del cubano Carlos Montenegro, y los sonetos satíricos de Salvador Novo (1904-1974) escritos entre 1925 y 1940, aproximadamente. La novela de Montenegro fue leída como denuncia de las prisiones tan despiadadas que homosexualizaban a los presos. En un nivel, esto es innegable. En otro orden de cosas, *Hombres sin mujer* es un relato de la deshumanización programada, de la violencia como el único lenguaje carcelario cuyo poder de humillación crea seres inferiores (los “pájaros”, los invertidos).

Hombres sin mujer, y esto es lo más interesante, ve en el infierno de los penales el paraíso de los deseos sexuales sin trabas y, también, el descubrimiento de las fuerzas amatorias reprimidas. Se hace a un lado la mirada moralista y la libido abandona sus divisiones rígidas. En un momento, Pascasio, el hombre fuerte negado durante ocho años a saciar sus pulsiones con otro hombre, percibe el atractivo irresistible de un afeminado:

De súbito, una idea lo asaltó haciéndolo detenerse sobresaltado. Se pasó una mano por la frente sudorosa y mordió un grito que no llegó a emitir. Se vio semejante a un pedazo de tierra en el que la Morita, como una planta, crecía, extendiendo dentro de él las raíces que le reptaban por el pecho, por los músculos de los brazos y por la garganta, hasta abrazarlo todo, como si fuesen ramificaciones de un cáncer, oprimiéndole el corazón y quebrándole la voz.

En la prisión sin visitas conyugales, la voluntad machista dura hasta que la obsesión sexual lo permite. Al sentirse Pascasio avasallado

por el atractivo de Andrés, la Morita, experimenta, sin ese nombre, el gozo de la pasión otra:

No cabía duda de que aquello que le sucedía era lo que siempre había temido y rechazado. No importaba que fuera distinto a lo de Morita; que sus sentidos no hubieran intervenido para nada en la fuerza maravillosa de su espíritu, pero se veía manchado, a punto de sentirse pegajoso, semejante a sus compañeros que despreciaba. Y no obstante, era otro Pascasio, veía algo que nunca antes se manifestó en él y que, contradictoriamente, parecía elevarlo sobre el mundo que hasta entonces se debatiera. Era un Pascasio nuevo que se alzaba de sus propias ruinas, jubiloso y fuerte, con toda su capacidad de sufrir y gozar superada hasta lo imposible. Era la suya una felicidad superior a cuanta había soñado.

Mucho antes de que éste se concibiera, el personaje de Montenegro vislumbra el *gay pride*, el orgullo de la diferencia. Y un segundo ejemplo de las aportaciones de la relectura son los sonetos satíricos de Novo, escritos en la década de 1930, y leídos por largo tiempo con sigilo hipócrita. Sin embargo, su autor, al imprimirlos varias veces, anticipa el público amplio que los memoriza y que, sin así reconocerlo, los califica de poesía notable. Cito uno:

Me dije: "Ya por fin la vida mía
el objeto encontró de su ternura;
es él quien llenará con su dulzura
para todos los siglos mi alegría."

Pero un año pasó desde aquel día;
monótona tornose mi ventura,
y vi junto a su carne prematura
huerto en sazón que mieles ofrecía.

Déjame en mi camino. Por fortuna
ni el Código Civil ha de obligarte
ni tuvimos familia inoportuna.

El tiempo ha de ayudarme a subsanarte.
Nada en mí te recuerda —salvo una
leve amplitud mayor— en cierta parte.

Este soneto se calificó de "cínico y desvergonzado". Hoy su popularidad, ya sin las cargas del moralismo, lo hace entrar en la órbita de la poesía.

IV

Lo masculino y lo femenino

¿Hasta qué punto siguen vigentes las discusiones entre *lo masculino* sin regateos y *lo femenino* a primera vista? En la clasificación de lo masculino, y antes del auge de los espectaculares y la religión del *gym*, se reconoce de manera oblicua o fariseica el atractivo de los hombres. Un ejemplo, un texto del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), el más conocido de los cronistas latinoamericanos en París. En su libro de crónicas *Desfile de vicisitudes* (Ediciones Prometeo, Valencia 1922), Gómez Carrillo incluye un capítulo sobre “Estética masculina”, leo un fragmento:

Cuando hube vencido mi gravedad, Pontié me dijo:

—Soy catedrático de belleza masculina.

Y viendo que no me burlaba, me explicó el mecanismo de su clase:

—Mi método es el del doctor Rouhet y mi sistema pedagógico el de Sarcey. Lo primero que hago es convencer a mis discípulos de que lo que les enseño es útil. “Vamos a ver —les digo—: vosotros tenéis novia, ¿no es cierto? Bueno; pues vuestro deber es gustarle a vuestras novias. Para ello hay necesidad de ser guapos, y hoy la guapeza no está en los ojos, en la nariz, en la boca, sino en el cuerpo todo. Si Alfredo de Musset volviese al mundo, las mujeres se burlarían de él. Lo que hoy seduce y entusiasma, es la estatua viva que atraviesa la existencia segura de su fuerza, mirando con fijeza y enseñando al reír dientes sanos. Pero supongamos amigos míos, que no tenéis novia y que no queréis tenerla. Ambiciones sí las tenéis. Queréis ser, sin duda, ministros, generales, grandes artistas, sabios profundos. Lo seréis. Pero ¡ay de vosotros si no sois bellos! El superhombre nietzscheano tiene del tigre los apetitos, la fuerza y la hermosura.” Yo no sé si esto es justo. Lo que sé es que mis discípulos están convencidos de que son palabras evangélicas. Luego comienzo mi curso con vaguedades pintorescas. En los días de comienzos de año les cuento historietas, les hablo de la gloria de los atletas, les describo las estatuas griegas, les recito poemas antiguos. Una de las cosas que más les interesa es la enumeración gráfica de las buenas cualidades masculinas. Un hombre bien conformado —les digo— debe tener primero tres cosas gruesas: el cuello, el brazo y la pierna; segundo, dos cosas anchas: la frente y el pecho; tercero, dos cosas pequeñas: los pies y las manos; cuarto: una cosa larga: las piernas. Y en seguida les explico las razones científicas que exigen estas particularidades. Los datos exactos les interesan más que las abstracciones. Me acuerdo que un día les hice una conferencia sobre la belleza masculina ante la Iglesia, y cuando terminé, todos mis discípulos estaban dormidos. En cambio, cuando les hablo de cosas y casos concretos, me oyen con gusto. Cuando les aseguré que el hombre era más bello que la mujer, todos parecieron estupefactos. Pero luego, cuando lo demostré palpablemente, sus ojos se llenaron de júbilo. Porque (parece mentira, y sin embargo es una verdad muy grande) el hombre, en su

infinito orgullo, está contento de ser superior a su hermana, la mujer, aun en este punto de estética personal.

Pontí habla abundantemente, haciendo ademanes amplios. En sus frases hay una mezcla de ingenuidad y de ironía que desconcierta.

—Si quiere usted saber tanto como yo sobre esto de la belleza masculina —me dijo—, lea los estudios del doctor Rouher.

* * * * *

Sólo cuando “lo indecible” se verbaliza, se transparenta o se hace consciente el temor a ser calificado de gay. Las sospechas sólo nacen con la publicación de las certezas, y por eso los historiadores no comentan ni de pasada los años que Abraham Lincoln durmió en la misma cama con un compañero y los espectadores ignoran a Stan Laurel y Oliver Hardy que comparten el lecho en más de un film, y en el cine mexicano nadie murmura ante la condición de *roommates* candorosos de Pedro Infante y Luis Aguilar en *ATM* y *Qué te ha dado esa mujer*. La suspicacia se desprende de los conocimientos mínimos sobre el tema, y la certeza del gran número de homosexuales y lesbianas —lo que implica una mayoría *no* reconocible a simple vista— sólo se filtra en América Latina con la divulgación popular de la sexología y las resonancias del Informe Kinsey (1948). Por eso tarda el reconocimiento masculino de los atractivos de sus congéneres, y por eso se destierra toda forma de belleza “andrógina” (Montgomery Clift habría sido inconcebible en el cine latinoamericano de las Épocas de Oro). En cada época se busca silenciar de manera tajante las pulsiones más temidas, y un ejemplo de este fari-seísmo es la crónica de Enrique Gómez Carrillo sobre su visita a Óscar Wilde en París en 1896:

—¿Conoce usted a Verlaine?— preguntome.

—Sí—le dije—; ¿y usted?

—Yo, no... yo le admiro en sus obras, como creador; pero no quiero verle, porque me han dicho que es *affreux*... Y un hombre feo, como aseguran que es el poeta de *Sagesse*, un hombre chato, calvo, con barbas hirsutas, y muy sucio, me inspira más horror que un monstruo... El primer deber de un hombre es ser hermoso... ¿No le parece a usted?

—Yo no encuentro hermosas sino a las mujeres.

—¿Cómo puede usted decir eso...! Las mujeres no son nunca hermosas... Son otra cosa: son bonitas si usted quiere; son magníficas, cuando están ataviadas con gusto y cubiertas de joyas; pero hermosas, no... La hermosura es un reflejo del pensamiento y del alma, que ilumina el rostro... (“Óscar Wilde” en *En plena bohemia. Treinta años de mi vida*. Tomo xvi de *Obras completas*, Madrid, 1920).

Las tradiciones específicas

Si toda minoría requiere del establecimiento sólido de una tradición, los gays y las lesbianas creen hallarla, sin pensarlo de esta manera pero viviéndolo profundamente, en cada encuentro sexual o en cada enamoramiento. Allí, en el momento orgásmico o en la relación emotiva, se confirman la orientación y la pertenencia a la tribu. A fin de cuentas, un acto sexual consensuado entre personas adultas es toda la tradición que se necesita. Pero también, y con vigor, intervienen en el proceso otros elementos: el camp o afeminamiento de rasgos innatos o producto de una educación sectorial; el canon de predilecciones que incluye en primerísimo lugar el cine de Hollywood y los iconos femeninos, y la cultura que no todos comparten pero de la que todos, aun los más aislados de la moda y sus vanguardias, se benefician o se malefician. Y esa sensibilidad se transmite en lo básico a través de la canonización del travestismo (cada maricón o cada machorra un Museo de las "Esencias" de lo Femenino y de lo Masculino), las ceremonias del autoescarnio y el desfile de modas, gustos, estilos, la mayoría importados de Norteamérica. Y también influyen algunos hechos excepcionales, los símbolos del comportamiento afrentoso, los crímenes célebres, las obras de arte que van revelando su intención profunda.

Eso aísla o tiende a olvidar el papel de la militancia que amplía los espacios de libre expresión. Cito un caso mexicano, Nancy Cárdenas (1934-1994), directora de teatro, crítica cultural, activista lésbica. En la etapa donde todavía se obliga al silencio, Nancy quebranta las reglas. Se presenta en televisión a defender los derechos de gays y lesbianas (1973); monta *Los chicos de la banda* en contra de la censura gubernamental (1973); en el Año Internacional de la Mujer, participa en la única mesa redonda sobre lesbianismo y al salir de la sesión enfrenta a un grupo de vendedoras de los mercados que un político resentido contrata para agredirle (1975); defiende la normalidad de lo gay y lo lésbico en una sesión plenaria de la Asociación Mexicana de Psicoanálisis (1979); monta *As ís (Sida, así es la vida)* la primera obra en México sobre la epidemia (1989); lleva a escena *Las lágrimas amargas de Petra von Kant* de Fassbinder, que se interpreta como el abismo melodramático propio de las lesbianas (la obra no es eso, pero no hay entonces otra lectura social). También, en 1971, organiza el primer grupo de "toma de conciencia" de los derechos de las minorías sexuales.

Nancy auspicia los espacios de la resistencia y su estrategia llevaría hoy el nombre de “defensa de los derechos humanos y civiles”. Pero antes de 1990 los derechos humanos no son causa primordial, y sólo en la etapa final de su vida se califica a Nancy ya no de “provocadora” sino de activista en pro de la visibilidad de la minoría. A la distancia, queda como una adelantada de la causa de los derechos humanos y de la noción ampliada de *México*, un país que, como todos, se transforma positivamente al tomar en cuenta los derechos de sus disidentes y sus minorías.

VI

La globalización de lo Diverso

En los escasos acercamientos a los militantes más conspicuos de los grupos lésbico-gays en América Latina en el periodo de 1970-1990, el caso del argentino Néstor Perlongher y del chileno Pedro Lemebel, ambos escritores excepcionales, merece una atención especial. En el tiempo de la primera visibilidad, se subraya la pertenencia a la comunidad, así ocurra lo contrario. La comunidad no antecede a la lucha por hacerla visible y respetable, y es el esfuerzo legal y cultural lo que la va creando. Es sentido estricto, ninguna comunidad se implanta sólo a partir de las predilecciones compartidas. También, no hay tal cosa como un proceso nacional: las batallas de las minorías sólo se dan y se entienden a la luz de los movimientos globales, donde cada una de las partes anima a las demás, así la aportación mayor venga de Norteamérica, y esto es notorio en las marchas, que se van convirtiendo en obligación de cada ciudad. Lo diverso es, y sólo puede ser, internacional. Doy ejemplos:

a) La semántica

La palabra “gay” modifica extraordinariamente la visión externa e interna del sector aludido. Es tal la fuerza de los insultos tradicionales (maricón, puto, joto, sodomita, invertido, desviada) que, por así decirlo, cada vocablo concentra las humillaciones y los desprecios históricos. Al imponerse el vocablo “gay”, y al unificarse internacionalmente el comportamiento de estas minorías, se desvanece un gran número de los agravios contenidos en las palabras denigratorias, y esta “deshistorización” mediatiza el prejuicio. Por lo demás, la utilización positiva

del vocablo "gay" ya ocurría de modo imperceptible. El término *de Ambiente*, sinónimo de la comunidad sin propósitos organizativos o sin exigencia de derechos, es una traducción de "gay" en la década de 1940. El *Ambiente* es estrictamente lo gay porque el término denota alegría, ánimo festivo, espíritu celebratorio.

"Homofobia" es otra voz imprescindible, al dejar clara la irracionalidad de los prejuicios y el odio contra los homosexuales. Es rápida la introducción en el lenguaje de este vocablo, hace diez años prácticamente desconocido y ahora localizable incluso en un discurso del presidente Vicente Fox: ("Yo no soy homófobo"), y, lo inconcebible, del Vaticano.

b) La Historia como Patrimonio Internacional

No pongo al día los procedimientos del socialismo y su "Proletarios de todos los países, uníos. Lo único que tienen que perder son sus cadenas". La calidad global del fenómeno gay se establece desde siempre por un lado, y ya políticamente desde la revuelta de Stonewall, en junio de 1969, cuando un puñado de gays, travestis en su mayoría, incapaces de soportar otra vez la opresión de las redadas, se enfrentan a la policía en el bar Stonewall del Village, en Nueva York. El peso de la americanización contribuye a internacionalizar lo ocurrido, y cada año una o varias ciudades se agregan el último sábado de junio a la celebración del Gay Pride. En el caso de México, la Marcha de Orgullo Gay se da desde 1980, y es, como en muchas partes, algo más que la reivindicación ritual de una minoría, es la tradición urbana que informa de la legítima diversidad de opciones. A la Marcha asisten también quienes critican incluso la relevancia desproporcionada que los Medios le otorgan a las drag queens, a las Vestidas. Y lo más relevante es la facilidad con que una fiesta de la visibilidad se incorpora a la memoria ciudadana.

c) Los crímenes de odio

El término se origina en Estados Unidos, especialmente a partir del asesinato de Matt Shepard en Laramie, Wyoming (1998), y aún no dispone en América Latina de la convicción necesaria, así su empleo denota un salto de mentalidad. Los crímenes de odio se dirigen contra una o varias personas y lo que simbolizan y encarnan. Los dirigidos contra los gays, que registran en cada país latinoamericano decenas de víctimas al año, son los más destacados, así no superen en número y continuidad a los lanzados contra las mujeres jóvenes, como demuestra la

epidemia de feminicidios en Ciudad Juárez. En todos los casos, las víctimas lo son por su debilidad orgánica, porque a los ojos del criminal su razón última de ser es proporcionar el doble placer del orgasmo y el estertor, y porque su muerte suele pasar inadvertida, y casi nunca se investiga y aún más raramente se castiga. (En el caso de los gays, el 99 por ciento de los asesinos consigue impunidad).

¿Qué provoca el odio? Cedo la palabra a psicólogos, sociólogos y psiquiatras, pero aventuro una hipótesis: rigen las sensaciones de omnipotencia que se desprenden de la certeza: no hay consecuencias penales y sociales para el asesino o los asesinos que no sólo exaltan su ventaja sobre los seres quebradizos que oponen una mínima resistencia; también se burlan de las leyes y de la sociedad, tan carente de reacciones. En los crímenes de odio por homofobia, los responsables, previsiblemente, se vengan de sus fracturas psíquicas, de su lugar en la sociedad, de la ansiedad por acceder a ese placer último que es el poder de vida y muerte sobre otra persona. Todo el fondo profundo, degradado y sórdido del machismo, se vierte contra aquellos cuya "culpa principalísima" es no evitar su destrucción. Así de reiterativo es el procedimiento: se víctima a quien, a los ojos del ejecutor, es orgánica, constitutivamente, una víctima. El odio es la construcción social que en el caso de las mujeres y los gays, arraiga en los dispositivos patriarcales y fructifica por la impunidad.

Una sociedad indiferente a los crímenes de odio se sitúa en última instancia como la gran víctima propiciatoria.

d) Las industrias culturales

Si el Internet ha impulsado poderosamente a las comunidades sectoriales en el mundo entero, las industrias culturales de América Latina crean la impresión de la moda como obligación social, y son por lo mismo, y sin que en rigor se lo propongan, activísimas impulsoras de la tolerancia y del conocimiento y las transformaciones de lo que en sentido estricto ya no será el ghetto (se pierden los encuentros del misterio, se gana el avance hacia la normalización, cuyo mérito más reconocido es la disminución considerable de sufrimientos y tragedias).

Lo que se inicia cautamente con films como *Advise and Consent*, de Otto Preminger (la secuencia del gay bar se mutila en América Latina), y en la década de 1970, luego de Stonewall, entra a la etapa marcada por *The Boys in the Band* y *Cruising*, se convierte en un género redituable que aprovecha éxitos de teatro (*Jeffrey, Love, Valour, Compassion*), se acerca a

la pandemia del sida (*Party Glances*, *Longtime Companions*), y se independiza de las exigencias melodramáticas (*In and Out*, *Unconditional Love*), entre cientos de films.

Lo de mayor resonancia, sin embargo, no son las películas sino las series de televisión con personajes gays que no sufren sólo por serlo, tienen o pueden tener éxito, y tienen sexo compulsivamente. A *Will and Grace* la suceden *Queer as Folk* (versiones inglesa y norteamericana), *Six Feet Under*, *Oz*, *A Queer Eye for the Straight Guy*, *Boy Meets Boy* y personajes de casi cualquier serie como *The Shield* o *Dawson's Creek*. En la apariencia, el impacto en América Latina es frívolo (las discos o antros que promueven su *Babylon Nights*), pero en rigor es notable porque al globalizar, y festivamente, la condición gay, se demuestra la fragilidad del prejuicio que retiene el monopolio de lo aceptable socialmente, pero que ve nulificadas a diario sus condenas, por la simple transmisión de series televisivas. Valdrá la pena examinar estas repercusiones.

e) *Las luchas legales*

Aunque en este caso las batallas culturales y legales no se han dado sólo en Estados Unidos, sino en Europa, en especial en el Parlamento Europeo, lo más divulgado son las movilizaciones norteamericanas en materia de demandas jurídicas sobre la adopción de niños por parejas gays y lésbicas, las uniones de hecho, la despenalización de la sodomía, y el gran debate sobre los matrimonios de gays y lesbianas. Es la red de organizaciones de Norteamérica o radicadas en Norteamérica, la que ha defendido centralmente hechos como la resolución de la Suprema Corte de Justicia que eliminó el delito de sodomía; la condena de un grupo de gays egipcios detenidos en un establecimiento gay en el Nilo y condenados a cuarenta años de cárcel (la protesta internacional obligó a reducir la pena a tres o cuatro años de cárcel, lo que es todavía terrible); la condición presidiaria de los sidatorios en Cuba; el reconocimiento en Argentina de las parejas de hecho, y así sucesivamente. En materia de diversidad, el reconocimiento de las sociedades de convivencia en Buenos Aires es muy importante, como lo es el fracaso de la misma iniciativa en la Ciudad de México.

f) *La globalización de la lectura y la crítica*

En el caso de la poesía y la narrativa, los jóvenes de los países latinoamericanos, así sea por razones ineludibles, subrayan la dimensión na-

cional, leen y estudian indistintamente a, por ejemplo, García Lorca, Salvador Novo, José Lezama Lima, Gastón Baquero, Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer, Virgilio Piñera, Manuel Puig, Teresa de la Parra, Reynaldo Arenas, Manuel Mújica Láinez, Sylvia Molloy, Alejandra Pizarnik. A fin de cuentas la tradición se unifica y se revisa a fondo como sucede ahora con Gabriela Mistral.

g) La diversidad y sus enemigos

El término “diversidad”, en el sentido de aceptación social y gubernamental de las conductas minoritarias legales y legítimas, ocupa en América Latina el sitio teórico y político que, por el momento, arrincona a términos como “queer”. En materia del doblegamiento del prejuicio, a la diversidad la anteceden parcialmente las teorías y los hallazgos de Freud y hechos como el Informe Kinsey. Alfred Kinsey, un gay casado, proporciona en 1948 cifras que desmienten la insignificancia numérica de los aberrantes (*uno de cada veinte*), y lanza una tesis de enorme influencia. A la hipótesis del abismo entre la versión hedonista del sexo, y la reproductiva, cifrada en el cumplimiento de los deberes matrimoniales, Kinsey añade una tercera, “el sexo como una formación biológica normal, aceptable en casi cualquier forma que se manifieste”. Jeffrey Weeks deja claro lo inaceptable de la explicación biológica, pero hoy es posible destacar aún más la importancia de Kinsey si se recuerda el concepto freudiano de pulsión, de indudable contenido corporal.

En última instancia, el debate sobre las identidades y la aceptación o el rechazo del esencialismo, son algunos de los datos que, además de la carga todavía actuante del prejuicio, avisan de la tardanza en la integración. Eso sin tomar en cuenta el rechazo de gays y lesbianas al mimetismo de la asimilación. Pero la diversidad es una palabra afortunada, porque sin más obliga a los gobiernos, los partidos y las sociedades a aceptarla en principio, es decir, a comprometerse con la tolerancia y el reconocimiento global de una conducta, algo impensable hace una década. Al final de estas notas encuentro la palabra *impensable*. Los Estudios Queer tienen y tendrán entre sus campos temáticos la manera en que el entronizamiento de la diversidad ha transformado los mapas mentales de América Latina al punto de obligar a la acelerada reestructuración parcial de las tradiciones.

Hoy, la gran mayoría de los participantes en la encuesta con la pregunta: "¿Le molestaría a usted que su hijo viviera en plan de pareja con un indígena?" contestaría muy negativamente, pero quedaría la duda: ¿el criterio del rechazo es racista o es homofóbico? Como se quiera, no se hará por lo pronto esta encuesta, tal vez con el maligno propósito de preguntar dentro de unos años "¿Le molestaría a usted que su hijo *se divorciara* de un zapoteca?"